

**1.- Comentario a las lecturas.** Cuando recibes el Espíritu de Cristo Resucitado, tu vida da un giro de ciento ochenta grados porque el centro de tu existencia cambia, ya no eres tú, sino el Señor. Hasta ese momento la vida se reduce a nuestro Yo: “mis problemas”, “mis bienes”, “mi tiempo”, “mis derechos” ... Incluso cuando nuestros propios parientes: padres, hijos, cónyuges, hermanos... nos exigen una entrega mayor de lo normal terminamos muchas veces murmurando y haciendo las cosas porque nos toca, o sea, de mala gana y sin amor ninguno; y más que servirlos y dar la vida generosamente por ellos nos la “arrancan”.

¡Cuánto nos cuesta darnos! No podemos dar la vida, todo lo contrario, la defendemos con uñas y dientes, y ¿Por qué? Porque es la única que tenemos y si la damos la sensación que nos domina es como que nos “morimos”. Lo que digo no son teorías. Las consecuencias que trae esta situación, además de dolorosas, las vemos en nuestra vida y en las de los demás, todos los días. Esta es la causa de que, por ejemplo, fracasen tantos matrimonios; Porque no saben lo que es el amor verdadero. En realidad, son la unión de dos egoísmos en donde solo buscan recibir y no dar, y eso (por mucho que digan que se quieren mucho) no tiene nada que ver con el amor.

Por eso me admira lo que dice Jesucristo en el evangelio: que Él da la vida libremente, y que tiene poder para entregarla y para recuperarla. Él fue el único Ser que pasó por este mundo con ese poder de donarse por entero y hasta el fin. En la película de la Pasión vemos a Jesús que cuando comienza su camino hacia el Calvario se abraza a la Cruz, gesto que uno de los ladrones lo observa con una cara de sorpresa. No es para menos, porque cualquiera de nosotros se sorprendería al ver a alguien viviendo con paciencia y amor su sufrimiento sin quejarse y sin juzgar a nadie. Y mucho más viendo al Señor que sufrió tan injustamente. Otro ejemplo de esto lo vemos en el centurión que viendo expirar al Señor exclamó: “Verdaderamente este era hijo de Dios” (Mt 27, 54).

Si queremos ser libres tenemos que amar de esa manera. El Señor nos ha dado ese “Poder”, a través del Espíritu Santo que lo ha derramado en nosotros sin medida. Este es, de hecho, el fruto de su Resurrección, que él nos prometió antes de ir al Cielo. Los que tienen el Espíritu Santo además de esta vida carnal, física, con la que todos nacemos, experimentan dentro de sí otra Vida (esta, con mayúsculas) que es la Vida Eterna y por tanto pueden darse alegremente porque dentro de ellos vive Cristo que les comunica Su Espíritu, o sea, Su Vida Divina que nunca se acaba y que les posibilita darse continuamente, sin miedo a perderla. Este es el más grande Don que el Señor nos dejó. Pidámoselo cada día y más ahora que se acerca la Fiesta de Pentecostés donde celebramos al Espíritu Santo que es la Persona de la Trinidad que representa a la caridad.

**2.- Sugerencias para el diálogo.** 1º ¿Te comportas como el “Buen Pastor” que da la vida o como el asalariado que no le importa el sufrimiento ajeno?; 2º “El que no vive para servir no sirve para vivir” Comenta esta frase de Sta. Teresa de Calcuta.

**3.- Para meditar.** “El sufrimiento está presente en el mundo para hacer nacer obras de amor al prójimo”. (J. Pablo II)